Paisajes y habitantes de la provincia de Toledo, en el pasado geológico

SEÑORES ACADÉMICOS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

No sé si debí aceptar la honrosa distinción que representa el ser nombrado para el acceso a esta Real Academia de Toledo, donde tan ilustres académicos extienden por todas partes el prestigio y el nombre de esta ciudad. Un dilema tuve que resolver *in mente:* Considerando los merecimientos propios, desde luego se imponía la negativa más absoluta. Considerando mi amor a Toledo y la admiración y el afecto que siento por los miembros que constituyen esta docta Corporación, la balanza se ha inclinado de este lado y aquí me tenéis.

La buena voluntad de que yo vengo animado, no basta para compensar la eficacia en los trabajos admirables que vosotros realizáis. Yo bien quisiera, señores académicos, que mi aportación quedase fija, como algo insignificante, pero al fin estable. No perdamos de vista, como ha dicho un poeta, que la inmensidad del mar está formada por gotitas; que las más ingentes montañas las forman granitos. Pues bien, eso quiero ser yo: un granito o una gota que sumar a la montaña o al mar que vosotros formáis.

Es triste que el acceso a esta Real Academia, en este caso mío, vaya precedido del fallecimiento de otro Académico Numerario. Yo vengo a sustituir al notable Arquitecto D. Pedro Vidal y Rodríguez Barba, autor de muy importantes trabajos arquitectónicos, del que se conservan en esta ciudad magníficos dibujos hechos de su mano y representando capiteles y otros asuntos de su especialidad. No sería decir nada el ponderar los dibujos del Sr. Vidal, pues ya sabemos que el título de Arquitecto supone el dominio del dibujo tanto como de las matemáticas. Es que el

Arquitecto debe tener el gusto refinado del artista. No todos llegan a esta excelsitud del arte, ya que podemos decir que *el artista nace y el dibujante se hace.*

El Sr. Vidal, formó parte de la Comisión regia para reparar en Andalucía los daños causados por los tristemente célebres terremotos del año 1884. El Gobierno español nombró una Comisión de varios geólogos para el estudio de los efectos causados por aquél fenómeno sísmico, que originó numerosísimas víctimas y caídas de edificios, catástrofe que tuvo consternada a toda España; y entre los Arquitectos destacados fué comisionado el Sr. Vidal, no solamente para reparar los edificios dañados, sino para estudiar, en vista de la dirección de las sacudidas, grietas, etc., el nuevo emplazamiento de los lugares siniestrados.

Fué Arquitecto Municipal de Cáceres y Salamanca y diocesano en esta última población, así como en Zamora. Reparó con acierto las bóvedas de la Catedral de Granada y de la iglesia de Santa María de Cáceres; el ábside del Tránsito de Zamora, el Hospital de la Santísima Trinidad de Salamanca, el templo parroquial de Peñaranda de Bracamonte, etc.

Su trabajo sobre *El altar del Transparente de la Catedral de Toledo,* es un estudio acabado y perfecto, pues si Narciso Thomé hizo una oración y un canto en mármol que deja pasmado al que lo contempla (armonice o no con el resto del monumento catedralicio, como un *intruso* dentro del arte severo del gótico), el señor Vidal lo describe, lo analiza como Arquitecto y como artista lo glosa de una manera admirable; trabajo lleno de ideas y razones que no puede mi torpe pluma describir, entre otras, porque está publicado en el BOLETÍN de esta Real Academia (1). Igualmente, otro trabajo muy curioso acerca de las *Lápidas sepulcrales metálicas de la Catedral de Toledo* (2), con la copia latina y traducción de los diferentes epitafios, desde el sencillísimo y humildísimo del Cardenal Portocarrero, hasta los más suntuosos y extensos en títulos y honores.

Por todo ello, se ve en D. Pedro Vidal y Rodríguez Barba al

(1) BOLETÍN de esta Academia. Año XIV. Números L a LIII. enero a diciembre, 1932. Pág. 31.

(2) BOL. cit. Año XV. Núm. LIV. enero a diciembre, 1933. Pág. 49.

hombre de temperamento exquisito que dejó un vacío en esta Real Academia, que yo no puedo llenar en modo alguno.

Sirvan estas líneas como recuerdo de su paso y para honrar su memoria.

Respecto al tema que va a ser objeto de este discurso de ritual, he pensado en los tan interesantes que aquí se han expuesto por los Sres. Académicos que han ido posesionándose hasta ahora; y, al meditar en los asuntos que yo podía desarrollar, teniendo en cuenta mis aficiones a las Ciencias Naturales y a la pintura de paisaje, he tratado de hermanar las dos aficiones en un tema, que no sé si os agradará, ya que se sale de los de carácter arqueológico, de archivo, literario, poético, etc., de tanta enjundia y tan necesarios para la historia de Toledo; pero para no salirme de mis aficiones, como digo, por lo menos quisiera exponer, de la manera más amena de que yo sea capaz, *cómo era el paisaje de la provincia y quiénes le habitaban en las pasadas edades.*

Si consigo mantener vuestra atención y no provocar vuestro sueño físico, con eso solo ya quedaré reconocido a vuestra benevolencia.

Con mi pluma quiero pintar una serie de cuadros de aquella naturaleza antediluviana que ningún hombre ha podido contemplar. Y así como el pintor, para llegar a componer un cuadro de historia, necesita documentarse con una multitud de apuntes que nadie ha visto, pero que han constituído la base fundamental del cuadro que luego se contempla, así también me valdré yo de los datos o apuntes sueltos que nos proporciona la geología para poderos presentar esa serie de cuadros, para vivir aquellos momentos de la juventud del mundo en nuestra provincia de Toledo.

Los trabajos de Douville (H.), Hernández Pacheco (E.), Royo y Gómez, Alía Medina, Del Pan, Gómez de Llarena, Aranegui, Barradas, Rey Pastor y otros, me han proporcionado los apuntes necesarios, que junto con el recuerdo de las excursiones realizadas por la provincia desde los tiempos de mi juventud y las propias observaciones, me permitirán reanimar la vida, que yace convertida en materia fósil, en todos los terrenos que afloran en la provincia de Toledo, y de los cuales tenemos muestras en la colección regional del Instituto de Enseñanza Media.

Examinando esa colección de fósiles, como la de cualquier Museo, llama la atención el cambio continuo a que está sometida

la vida; cómo han desaparecido una porción de formas vivientes, sustituídas por otras; se marchan unos seres, como si fueran actores del teatro de la vida, y surgen otros, aunque la vida sigue impasible a través de las edades. Por eso, lo que ahora contemplamos del mundo no es más que un momento insignificante de esas continuas transformaciones, que para el hombre son miles de años, pero para la tierra menos de un segundo.

Y si nos referimos al paisaje, podríamos repetir el argumento. Las porciones ocupadas por los mares, antes han sido amplios continentes. Exploraciones realizadas en suelos glaciares, han sacado a luz fósiles de corales y otros animales, propios de climas tropicales, con lo que se deduce el cambio de clima experimentado.

Es verdad que el hombre ha sido testigo de acontecimientos geológicos de cierta importancia: las costas que se han levantado y las que han sufrido hundimiento; la transformación del lago Flebo en el actual golfo de Zuigderzée, etc.; pero no se puede saber si esas modificaciones son definitivas o bien son meras oscilaciones temporales.

No obstante lo que nos enseña la Paleontología respecto a cómo han ido conquistando la tierra los seres vivos y de las restauraciones llevadas a cabo con los restos encontrados, aun ordenándolos convenientemente, aparecen numerosas lagunas, vacíos que acaso no se logrará nunca llenar. Por eso no debemos perder de vista que el cuadro de la vida es bastante incompleto, puesto que no se conocen más que trozos discontinuos.

Por eso vais a ver, en esta relación de cuadros de la provincia de Toledo, qué aspecto tan distinto ha ido presentando el paisaje, según los períodos que han ido sucediéndose.

Ya sabéis todos que el clima es factor importantísimo para la distribución de vegetales y animales, así como el agua y la radiación solar. Hasta tal punto es esto cierto, por lo que se refiere a los vegetales, y, por tanto, a los animales (ya que éstos son dependientes de aquéllos), que si fuese posible, como dice Lázaro (1), suponiendo a la tierra desnuda de vegetación, distribuir con igualdad por todo el globo terráqueo los gérmenes de todas las especies vegetales (semillas, esporas, propágulos, conidios, etcé-

(1) Lázaro e Ibiza (B). *Flora Española*. T. III, p. 470. Madrid, 1921.

tera), no por eso llegaríamos a obtener un paisaje uniforme por toda la tierra, ya que por los factores antes indicados, obtendríamos floras diferentes en los mismos lugares en que hoy se encuentran.

Por eso no nos debe extrañar la diversidad de paisaje, por los cambios de clima que ha habido en la tierra, y que vamos a contemplar con la imaginación, trasladándonos como en un sueño, a través de las edades y del tiempo.

El arqueólogo no tiene más que observar una construcción antigua para deducir lo que ha sido. En muchos edificios y monumentos toledanos, podemos ver las civilizaciones que han ido sucediéndose. Así también el geólogo no tiene sino observar el terreno y los restos fósiles para poder, haciendo uso de la razón, averiguar los acontecimientos del período geológico que representa aquel terreno. Y basta de preámbulo.

Ya podemos emprender nuestra gran excursión.

Nos dirigimos, hacia donde ahora están, *Layos, Sierra de Noez, El Pulgar, Cerro Pegines, Serrata de Nambroca, Cerro de Almonacid, Sierra Galinda al S. de Navahermosa, San Pablo de los Montes, Los Navalmorales, Espinoso del Rey, Buenas Bodas, Alto Algodor, Consuegra, Las Cabezuelas, Urda* y *Cortijos de Malagón*. Estamos en pleno mar. Apenas si se ven emergidas algunas tierras. La barca en que vamos navegando va recorriendo los sitios en que después, al cabo de muchos miles de años de la retirada de este mar, estarán enclavados los citados pueblos y lugares. Atracamos nuestra barca en una de las tierras emergidas y no vemos ningún ser vivo. Ni animales ni vegetales. ¡Silencio de muerte! Pero... ¿Y el mar? Lo primero que apreciamos es la salazón del agua. Ya en este mar, el agua era salada, porque la atmósfera de la tierra contenía anhídrido carbónico y cloro, bajo la forma de ácido clorhídrico, que se encontraba disuelto en la primera agua en el momento de su condensación; y la acción de este ácido sobre el sodio, abundantísimo en la corteza primitiva, nos explica la formación del cloruro sódico o sal marina. Podemos sumergirnos en este mar de poco fondo y ver la cantidad inmensa de unas esponjas calcáreas, llamadas científicamente *Archaeociatus* (1), y numerosísimos crustáceos

(1) Encontrada por Hez. Pacheco en las calizas de Urda.

de los de tres lóbulos, llamados trilobites, entre los que nos llama la atención el *Ellipsocepalus Pradoanus* (1), acompañado de otras formas de este grupo, como el *Paradoxides, Olenus* y *Agnostus*. Les vemos nadar con su multitud de patitas, semejantes a las de la cochinilla de humedad. Al tratar de cogerlos, algunos de ellos se hacen una bola, como la citada cochinilla. La luz es muy escasa, porque la atmósfera es bastante densa y el sol llega muy atenuado; por eso no tiene gran atractivo este paisaje submarino. A muy pocos pasos, se oscurece de tal modo que aparece como un telón negro, sin ninguna perspectiva. Grandes masas de las esponjas *Archaeociatus* vamos pisando en nuestro camino, y esto nos demuestra que no estamos lejos de la tierra firme, ya que son formas litorales. Del reino vegetal no vemos nada.

Nos invade un sueño profundo; cuando despertamos (2), parece que ha cambiado algo el aspecto que presenta la tierra. Nuestra barca nos ha llevado a la deriva por los sitios donde ahora están *Sevilleja de la Jara, Robledo del Mazo, Navas de Estena* y *Puerto del Milagro*. La fauna marina se ha enriquecido extraordinariamente en trilobites, lo mismo en especies que en individuos. Vemos el *Callimene Tristani* y el *C. Arago, Asaphus cianus* y *A. nobilis, Placoparia Turneminei, Illenus hispanicus* y *Dalmanites socialis*.

Pero no son solo trilobites y esponjas lo que ahora vemos; por la parte que luego será *Navas de Estena* (de Ciudad Real), nos llama la atención un molusco con la concha perfectamente recta, del que distinguimos tres especies (3) *(Orthoceras Hisingeri.* Barr. et Vern. *O. duplex Wahl* y O. sp.). Abundan los individuos de estas especies, y también otros que son gasterópodos y lamelibranquios (4). Y estos que parecen moluscos bivalvos, no

(1) Encontrada por Prado en los Cortijos de Malagón.

(2) Ha transcurrido todo el período Cámbrico.

(3) Citadas por Gómez de Llarena (J.). *Bosquejo Geográfico Geológico de los Montes de Toledo*. Madrid, 1916.

(4) Ob. cit. Entre los Lamelibranquios:
Sanguinolites Pellicoi Vern.
Redonia Duvaliana Rou.
R. Deshayesiana Rou.
Nucula Eschwegii Sharpe.
Entre los Gasterópodos, el *Bellerophon bilobatus* Sow.

son sino braquiópodos, de los que, entre muchos individuos, distinguimos dos formas (1): Una, semejante a un pequeño murciélago, con las alas extendidas. Ya no es tan monótono el fondo de este mar. A la variedad en la forma, se añade ya la aparición del mundo vegetal. Matorrales de algas vamos encontrando por distintos sitios: unas, como las *Crucianas* (2), de talo contorneado y con dos relieves contiguos; otras, los *Arthrophicus,* de frondes muy largas, divididas por un surco longitudinal y terminado por un abanico de ramas anilladas, apretadas unas con otras; de vez en cuando, un coralario, el *Cyathophyllum,* de forma ramificada; otro compacto, el *Favosites,* y agrupaciones de lirios de mar (Crinoideos), formando verdaderos bosquecillos submarinos. Vemos, igualmente, otros del grupo Cystidos. Estrellas como el *Protaster,* erizos *(Cystocidaris, Bothriocidaris),* gusanos metidos en tubos enrollados como concha de caracol *(Spirorbis)* pequeñísimo, y otros de tubos grandes *(Serpulites).*

Los trilobites *Calymene* son abundantísimos por esta parte, y todos se van enrollando a nuestro paso. Aquí aparece un merostoma de un metro de longitud. Bien puesto el nombre del grupo Gigantostráceos a que pertenece: podría ser el *Pterigotus anglicus* con pinzas, que simulan las alas de un ángel. Multitud de animalillos flotantes en colonias, sostenidas por una campanita, son los *graftolites.* Ahora pisamos, como si fueran piedras, un coralario, la *Stromatopora* con celdillas. En la zona tranquila y arenosa de la ribera, gran acumulación de algas *Artrophicus,* entre las que se mueven unos peces extraños, los acorazados (3) en su parte anterior, que con movimiento lento se arrastran y ocultan su parte blanda en la arena. Sorprendemos un formidable

(1) Ob. cit.: *Orthis vespertilio* Sow.
Orthis sp.

(2) Ob. cit.: *Cruziana Ximenezi* Prado.
C. Furcifera D'Orb.
C. Bagnolensis Mor.
C. Goldfussi Rou.
Rhizomorpha Calderoni Hern. Pach.
Vexillum Desglandi Reu.
V. Morierci Sap.

(3) De los estudios que ha hecho D. Casto Martín en Ventas con Peña Aguilera.

cabezazo dado por uno de estos peces a otro *(Holoptychius)*, aturdiéndole, hasta que lo captura. Esta escena la hemos presenciado por la parte correspondiente a Ventas con Peña Aguilera. No vemos en estos mares otros seres superiores en organización. Hasta ellos se ha detenido el progreso orgánico animal. Son peces ganoideos.

Desembarcamos en una tierra emergida de este mar y vemos que el paisaje es bastante uniforme. Pocas elevaciones, pero ya hay vegetales de porte modesto: multitud de helechos, licopodios y calamites, aunque no muy grandes. El clima cálido y de bastante humedad, iba permitiendo el progreso de esta flora. Por lo demás, no nos agrada este paisaje sin perspectivas, sin el encanto de las flores y de los pájaros, que aún van a tardar muchos miles de años en aparecer. Algunos escorpiones e insectos podemos observar, pero en una naturaleza muda y con una luz más débil que la de un invernadero. Apenas si conocemos la altura a que se encuentra el sol sobre el horizonte. No hay fuertes contrastes de luz y sombra.

Esta atmósfera tan cargada nos provoca otro sueño milenario, y al despertar... (1) vamos navegando al E. de lo que será la Ciudad Imperial. El peñón toledano no emerge porque está cubierto de otros materiales, formando una gran tierra acantilada. Este mar ahora se extiende totalmente por toda la parte NE., E. y SE. de la provincia. Estamos en un día del período secundario. Han surgido inmensos continentes en toda la región boreal de la tierra, así es que de la provincia de Toledo no hay ahora más que lo que deja libre este mar mesocretáceo (2). Bajo diferentes acciones combinadas con enfriamiento, la corteza terrestre se ha plegado y dado nacimiento a las primeras elevaciones que forman como el esqueleto, cuyas grandes líneas persistieron a través de las edades. Lluvias diluviales se precipitan sobre las grandes cimas; cataratas numerosas corren en torrentes para formar

(1) Ha pasado el periodo Silúrico.

(2) Se ven los afloramientos de este mar en los cerros de la Rosa. Existen conglomerados, replemarks, y, actualmente, escasos fósiles de moluscos marinos, debido a la continua explotación del yacimiento por alumnos excursionistas de diferentes Centros de enseñanzas. Dichos cerros se consideraron, durante mucho tiempo, como pertenecientes al periodo Terciario (Oligoceno). Se consideran hoy como secundarios (Mesocretáceo). Véase la nota núm. 1.

inmensos lagos de agua dulce, y esta mar ha invadido media España (1).

¿De dónde viene la claridad que baña estos paisajes de un matiz indefinible? Grandes nubes negras, inmóviles, se elevan sobre un cielo lechoso, aunque en el horizonte la atmósfera parece más despejada. ¿Será la proximidad de la noche? Ha surgido una mancha luminosa enorme. ¿Será el sol? Pero, ¿cómo reconocer a este astro tan pálido? Sus rayos envuelven la tierra y entretienen en su superficie un calor húmedo, como el de nuestras regiones tropicales. No llueve, y, sin embargo, nuestros trajes están mojados. El aire que estamos respirando es extraordinariamente vivificador, sintiéndonos renacer en esta atmósfera de invernadero, donde el oxígeno se vierte profusamente. Este es el misterio que, poco a poco, llegaremos a comprender; este es el secreto que explica los extraños fenómenos de esta juventud del mundo. En este aire tan rico, la célula viva se desarrolla y se nutre con extraordinaria intensidad. Y hemos de pensar que ya se ha despejado algo la atmósfera con respecto al Jurásico, no representado en nuestra provincia. El paisaje toma carácter tropical. Aquí vemos plantas ya parecidas a las actuales, como la *Credneria,* que recuerda el plátano de sombra; coníferas, palmeras y grandes helechos, ya en decadencia. Esta flora tan heterogénea, forma grandes selvas por muchos sitios. En el mar vemos, sobre el fondo, una aglomeración de unos moluscos de concha muy extraña. Se llaman *Hipurites,* y, entre ellos, caracoles marinos, de concha gruesa. Fijamos nuestra atención en la cantidad inmensa de moluscos marinos, iguales a los de hoy (2), y otros muy curiosos, con la concha desenrollada.

---

(1) El período secundario no presenta fenómenos tectónicos ni grandes erupciones volcánicas, pero hubo una enorme transgresión marina (Transgresión cenomanense), de la que existen señales evidentes en los cerros de la Rosa, en Solanilla y en otros sitios. Nota núm. 1.

(2) En los cerros de la Rosa:
Potamides.
Fusus bulbiformis.
Arca barbata.
Natica.
Hidrobia.
Paludina.

En agua y tierra, se mueven reptiles de todas clases. En curva elegante cruzan el mar, o se detienen en la orilla, las tortugas marinas. Por tierra, vemos lagartos de grandes bocas. Se acerca hacia nosotros un reptil extraño, parecido a una foca, pero con un cuello larguísimo, y otro enorme, que recuerda al varano. Nos hace estremecer, por el ruido de sus alas, un reptil volador, que se esconde entre los árboles del monte. Es uno de los últimos saurios voladores, teniendo seis metros de envergadura de alas y un cráneo de forma extraña.

Nos alejamos de este sitio, en tanto que el sol ha subido ya bastante e ilumina la tierra con su gran superficie luminosa. Aquí se nos presenta ahora un paisaje grandioso y salvaje al mismo tiempo. Un espeso follaje de verdura, pero bajo el cual se notan líneas verticales dominando el conjunto. ¿Cómo penetrar en medio de esta lujuriosa vegetación, en esta selva virgen de pesadilla? Son los últimos supervivientes de las grandes criptógamas del Carbonífero. Estos troncos gigantes, elevándose a más de veinte metros en el aire, no tienen ninguna consistencia, no siendo en rigor otra cosa que altas hierbas. Helechos que lanzan al aire ramos de anchas hojas, a la manera de nuestras más altas palmeras. Aquí, cerca de nosotros, un enorme vegetal de ramas casi desnudas; la extremidad de sus ramas llevan intumescencias, que semejan flores de cardo, y el tronco con cicatrices que parecen escamas: es un *Lepidodendron*. Más lejos, inmensas *Sigilarias* (1) se elevan en columnas apretadas, semejando un campo de espárragos preparado para una comida de gigantes. Otra especie sobresale en forma de grandes escobas, repartidas aquí y allá, como para barrer un cielo muy cargado de nubes oscuras. Solo los *Cycas,* de ramas curvadas, elegantes y ampliamente escotadas, vienen junto con las *Araucaria* gigantes a dar una nota estética en este grandioso decorado.

Sigamos soñando con estas impresiones mucho tiempo. Al despertar (2), ya el paisaje que observamos nos es más familiar. El sol brilla con todo su esplendor, accidentes del terreno, lejanías, vegetación, colorido y la voz de la Naturaleza, dejándose percibir principalmente por el trino de los pájaros. Permitidme

(1) Referencia de D. Casto Martin.

(2) Ha transcurrido el periodo Cretáceo.

una digresión, hija de mi entusiasmo. Nada como el canto de los pájaros para expresar la Naturaleza y recordar a la Patria cuando se está lejos de ella. Por eso, desde los tiempos más remotos, el canto de los pájaros desempeña un papel importante en la vida sensitiva de los pueblos; músicos y poetas han hecho obras inmortales, descriptivas, con las melodías y cadencias del trino de los pájaros en la soledad de los campos. Ha dicho un poeta, en una canción de primavera, «que el mejor modo de poder expresar el homenaje de la Naturaleza ante el Señor resucitado, era el coro formado por la multitud de pajarillos canoros, que unen sus voces en un himno de júbilo al terminar la dura estación invernal». Y así cantan todos los poetas la primavera, y, nuestro Juan Ramón Jiménez, ¡hasta el invierno!, con una canción de pájaros que no se ven. Por eso nosotros, al contemplar este paisaje del terciario, después de haber pasado tantos miles de años contemplando paisajes duros de color, sin grandes contrastes de luz, sombra y medias tintas, con ruidos extraños inarmónicos de reptiles y batracios monstruosos, y ver esta maravilla de luz, esta transparencia de la atmósfera, y, sobre todo, el canto de estos pajarillos animando el paisaje por primera vez, y, como si esto fuera poco, el campo matizado de notas variadísimas de la multitud de plantas con flores, todas parecidas a las de nuestra época: amarillas margaritas, azules centáureas y campanillas, morados chupamieles, rojas bromelias, anaranjadas caléndulas, rosadas adelfas, etc., parece que nos encontramos ya en nuestra casa, y sentimos la añoranza de la patria mundial, a la que llegaremos, si Dios quiere, en la última etapa de nuestra excursión. El mundo de los animales terrestres en este paisaje, aumenta la semejanza con el de hoy, porque vemos unos iguales y otros muy semejantes. En las charcas que encontramos, sorprendemos zancudas conocidas, garzas, garcetas, avefrías, y, en el agua, tortugas como nuestros galápagos. En corrientes de agua dulce, observamos carpas, sollos y otros peces; ranas, grandes salamandras. Nos sobresalta una serpiente de gran tamaño cuando vamos por la maleza. Cerca de un bosque, un ciervo enano (50 cms.) y otros en tropel *(Cervus emineus* y *C. furcatus)* (1), como los que viven

(1) Cerca de Torrijos, en Barcience. Calderón (S.). Adición al Catálogo de la Soc. Esp. de Hist. Nat. T. VI. Madrid, 1877.

ahora en las islas de la Sonda, lo que nos informa de que el clima es parecido al de nuestras latitudes. Un gran ruido de ramas rotas, estremecimiento del suelo y en seguida una multitud, al parecer de elefantes. Una observación más atenta, nos hace ver que llevan cuatro defensas, y, por tanto, se trata de mastodontes. Estamos por la parte que han de ser los alrededores de *Olías* cuando transcurran muchos siglos (1). En nuestro recorrido, marchando por lo que será *Cabañas de la Sagra,* vemos pasar otro rebaño análogo. Esta es otra especie, y notamos la diferencia con los de *Olías* (2). Por *Villaluenga,* vemos una manada de tortugas gigantes, de 1,50 m. Es la *Testudo Bolivari* (3).

Así seguimos nuestro caminar por este paisaje, con la apariencia de los trópicos, llegando hasta *Illescas.* En el agua de algunos riachuelos, por esta parte, numerosas tortugas pequeñas (4) y aves acuáticas (5). Notamos, al llegar aquí, que el paisaje cambia a nuestra derecha, por lo que nos vamos dirigiendo hacia el SE., donde la estepa va siendo cada vez más extensa, hasta el futuro *Puebla de Almoradiel.* Unas hienas están cebándose en un animal muerto (6). Graciosas gacelas vemos correr a distancia (7); pero la nota más simpática en este paisaje estepario, es ver caballos galopar, con un pelaje a rayas, como nuestras cebras. Pero... ¿son caballos realmente? Así lo parece a primera vista; pero nos fijamos en que tienen tres pezuñas en cada pata, que corresponden a tres dedos; los dos laterales más pequeños.

---

(1) El *Mastodon longirrostris* Kaup, fué citado por Prado en la *Revista Minera.* T. IX. 1858. Se trata del hallazgo que hizo D. Manuel María Serrano en 1852, consistente en dos molares y un trozo de defensa. Como da la coincidencia con el número de piezas que se conservan en el Instituto de esta ciudad, aunque figura como de procedencia americana, surge la sospecha de que esté equivocada la cartela.

(2) Se trata de *Mastodon angustidens* Cuv., según Mallada. Explicación del Mapa Geológico de España. T. VI. Madrid, 1907.

(3) Véase Bol. de la Real Soc. Esp de Hist. Nat. T. XLVII. Pág. 541.

(4) Encontradas por D. Lucas Fernández Navarro en las arcillas miocenas de los Cerros del Prado.

(5) Véase nota núm. 3.

(6) *Hyaena eximia* Rot. et Wag. Descrita por D. E. Hernández Pacheco en su obra *Mamíferos Miocenos de la Cuenca del Tajo.*

(7) *Gazella deperdita* Gerb. Ob. cit.

¡Ah! Es que se trata del *Hiparion* (1). ¡Soberbio espectáculo, pero qué trágico para una pobre bestia! Acabamos de presenciar el salto formidable y magnífico de una tremenda fiera, parecida al tigre *(Machairodus)*, sobre uno de estos caballos. Salta sobre el lomo del pobre animal; una de las garras se afianza en la frente del caballo, con lo que la veloz carrera que llevaba queda detenida por el freno de dicha garra. Un mordisco terrible con unos colmillos enormes, como puñales, y el caballo cae inmediatamente sin vida, porque esos colmillos han llegado hasta la médula espinal. ¡Verdaderamente admirable este instinto que Dios ha concedido a estas temibles fieras para que capturen su presa, haciendo morir rápidamente, casi sin notarlo, a este noble bruto, que nosotros, hombres, hacemos morir con sufrimiento horroroso en las plazas de toros!

Desde la futura *Puebla de Almoradiel*, nos encaminamos en dirección NO., siguiendo toda la parte esteparia. El paisaje tiene la apariencia de la garriga mediterránea: matas de lentiscos, madroños, algún árbol aquí y allá rompiendo la monotonía de la llanura esteparia, y gacelas, liebres, toda clase de animales corredores, dan la nota característica de esta formación biogeográfica, porque las circunstancias que se reúnen aquí son favorables al desarrollo de la fauna típica de la estepa: la enorme extensión, horizonte sin límites y dilatada visibilidad; dificultad para los animales de encontrar refugio donde esconderse de sus enemigos; escasa cantidad de lluvias; fuertes contrastes térmicos entre verano e invierno y entre dia y noche. Por eso el paisaje lo adornan animales corredores y cavadores, que se ocultan haciendo galerías subterráneas; otros, saltadores o armados de fuertes púas, o bien con placas protectoras.

Llegamos al futuro Toledo. ¿Dónde está el peñón toledano?

No existe. El terreno es el mismo en la margen derecha que en la izquierda del Tajo. Pero este río camina por aquí en línea recta. ¡Estamos desorientados! Recorriendo toda esta zona, lo localizamos por fin, ya que vemos dos torrentes que van a desembocar al Tajo en la margen izquierda, percatándonos de que el

(1) Ob. cit.: *Hipparion gracile* Kaup. Subespecie *rocinantis*. Hez. Pach. Léase la nota núm. 2, tomada de la obra *La llanura manchega y sus mamíferos fósiles*.

que se encuentra aguas arriba es el que será arroyo de la *Degollada* y el otro el de la *Cabeza*. Entre los dos, estará el día de mañana la gran Ciudad Imperial; así es que el Tajo corre, en línea recta, por la parte de *Safont* y los cerros de arenisca roja, con el aspecto abarrancado al N. de Toledo. Nada de ese terreno uniforme de areniscas. Ni por el otro lado vemos la *Peña del Moro*, ni el sitio donde ahora está la *Ermita de Nuestra Señora del Valle*, ni un afloramiento de granito, ni del gneis tan característico en los alrededores de Toledo. Todo totalmente distinto al paisaje que llevamos impreso en nuestra retina (1).

En el correr del tiempo, ya estamos en pleno período Cuaternario. La acción epigénica ha dejado al descubierto el gran batolito del peñón donde se asienta Toledo y los alrededores de la parte S. El hecho es que el Tajo abraza y aisla a Toledo por esta parte. ¡Pero vamos a corretear por la provincia! A un kilómetro al SE. de lo que será *Illescas*, encontramos unos hombres que están tallando un trozo de pedernal, percutiéndolo con otros mayores. Van desnudos; sólo cubre en parte su cuerpo unas pieles de animales, al parecer de osos. Vemos cómo fabrican raederas y cuchillos con una habilidad pasmosa, y cómo otros perforan con estos toscos instrumentos la piel de un animal (2). Los hombres que vamos encontrando parecen nómadas. No tienen casa ni hogar alguno. Cabañas diseminadas, de vez en cuando,

---

(1) Según el geólogo toledano Alia Medina (M.), en su trabajo: *El Plioceno en la Comarca Toledana y el Origen de la Región de la Sagra*. Revista Estudios Geográficos. Mayo, 1945. Los primeros contactos del Tajo con los materiales neísicos al producirse el tan debatido encajonamiento del torno toledano, debió acaecer durante los tiempos de formación de la terraza de los 100 m., conclusión que se confirmó por el estudio comparativo realizado entre las alturas de los diferentes niveles de las terrazas del Tajo, situadas, antes y después del torno, alrededor de la ciudad de Toledo.

Pueden leerse además: Royo Gómez (J.): *El Torno del Tajo en Toledo*. Memorias de la Real Soc. Esp. de Hist. Nat. T. XV. 1929.

Hez. Pach. y Royo Gómez: *Discusión respecto al torno del Tajo en Toledo*. Bol. de la Real Soc. Esp. de Hist. Nat. Tomo XXX. 1930.

Alia Medina (M.): *Datos morfológicos y estratigráficos de los alrededores de Toledo*. Bol. Soc. Esp. de Hist. Nat. *Notas morfológicas de la región toledana*. Las Ciencias. Año X. Núm. 1. Madrid.

(2) Del Pan y Fdez.: *Notas para el estudio de la Prehistoria, Enología y Folklore de Toledo y su provincia*. Boletín de esta Academia. 1928.

construídas con palos y cubiertas con ramajes o con pieles, constituyen la única indicación de viviendas de esta gente. Igualmente, vemos a estos habitantes de la provincia, por donde estarán *Villaluenga* y *Esquivias;* por *Yepes*, *Romeral*, *Cabañas*, *La Guardia*, *Lillo*, *Magán*, *Camarenilla*, etc.

Un nuevo despertar en nuestra curiosa pesadilla, nos muestra un avance en la rústica civilización de los hombres que encontramos por *Mohedas de la Jara, San Pablo de los Montes* y *Mora,* así como los que vemos por *Azaña, La Guardia, Azucaica, Torrijos* y *Oropesa.* Llevan todos unas piedras admirablemente pulimentadas de fibrolita, de diorita y de diabasa (1). Ya conocen el fuego; les vemos cocinar en unas vasijas de barro tosco, sin asa, solamente con un mamelón o dos en la parte superior, cerca del borde. Da la impresión de que el barro de esas vasijas lo han cocido al sol. Al pasar por donde estará *Ventas con Peña Aguilera,* sorprendemos la inhumación de un cadáver, que están llevando a cabo unos hombres entre dos grandes piedras, una de ellas con una perforación para que salga el alma del difunto. Es que estamos presenciando la formación de un dolmen (2). Acerquémonos a Toledo. ¿Qué pasa en los alrededores, cerca del *Cerro del Bú?* (3). Una muchedumbre de hombres armados con piedras (aunque tal vez pudieron hacerlo con flechas de hierro), en una gran excitaclón, merodea por aquellos contornos. En gran número se atrincheran en la más inferior de las murallas que se ven en el mencionado *Cerro.* Atacan a pedradas y se defienden heroicamente los que están detrás de los recintos amurallados. Un intento y otro de asalto es rechazado enérgicamente, pero esta defensa no pudo ser escrita y quedaron anónimos sus heroicos defensores. ¡Quién había de decir que, andando el tiempo, al otro lado del río, se había de realizar otra defensa heroica, célebre en los anales de la Historia...!

---

(1) Se conservan varias en el Instituto de Toledo, y su dibujo se puede ver en el anterior trabajo del Sr. Del Pan.

(2) Del Pan. Trab. cit. Pág. 25.

(3) Se trata de un castro descubierto por mi padre, D. Manuel Castaños y Montijano, y dado a conocer por él en un folleto titulado: *Excavaciones en el Cerro del Bú.* 1905.

Restregando los ojos, despertamos de una vez... y entonces recordamos a Calderón, cuando dice (1):

> Cielos, si es verdad que sueño
> suspendedme la memoria,
> que no es posible que quepan
> en un sueño tantas cosas.

Volvemos a la realidad.

Antes, nos imaginamos el Peñón toledano como nos lo dibuja y nos lo pinta maravillosamente Rey Pastor (A.), despojado de su artístico revestimiento de casas, que le dan un valor extraordinario, y así nos hacemos cargo de cómo ha tenido que amoldarse la vivienda para formar el laberinto de callejas tortuosas, estrechas, de un romanticismo *becqueriano*. ¡Bendita geología que ha permitido la aparición de este Toledo, que a su valor histórico, arqueológico y artístico, une para mí el recuerdo de la niñez y adolescencia!

Un paseo por los alrededores, nos muestra la diversidad del paisaje. ¡Hasta en esto es original Toledo! Por un lado, el agreste de la parte S., con las múltiples variedades del gneis y sus diques de pegmatita y diabasa, con sus piedras caballeras y más o menos redondeadas por la acción meteórica. Cerca de la *Fuente de la Teja,* en los *Cerros de la Rosa,* los restos de aquel mar que hemos visto al pasar por el Cretáceo: conglomerados, socavones de la erosión marina, rizaduras en la arena de playa y moldes de conchas de moluscos marinos. Al N., la hermosa vega del Tajo, con sus árboles milenarios de grata sombra, y ¡que también evocan el misterio del bosque!, cuando junto al *Campo Escolar* lo contemplamos desde la urbe. Lejos, por *Buena Vista,* las terrazas del Tajo, tan bien estudiadas por Alía Medina, eminente geólogo toledano. Por *Safont,* el meandro abandonado por el río, circundado por aquellos olmos, ¡viejísimos!, tan evocadores de los tiempos de nuestra infancia. Frente a Toledo, el *Cerro del Bú,* con los restos del castro prehistórico, esbozándose los tres recintos por la alineación de las piedras. Desde las alturas de la *Peña del Moro,* la vista incomparable de la Ciudad Imperial. El torrente de casas precipitándose hacia el río, en cascada impetuosa, con el destrozado Alcázar a la derecha, ¡inútil ya!, pero impertérrito en

(1) En *La Vida es Sueño.*

su puesto, como el estoico centinela que ha cumplido su deber. En el centro, la flecha de la majestuosa y *única* Catedral, señalando arriba la ruta que debe seguir nuestra alma en su excursión definitiva...

Nos quedamos en el campo solos, filosofando sobre Toledo.

. . . . . .

Entre tanto... El sol se va aproximando al horizonte. La vista, desde los cigarrales, nos subyuga de intensas emociones estéticas; las copas plateadas de los olivos, vibran ahora de luz y de color; las casas, en la lejanía, contrastan con tonos cadmiuns, rojos y anaranjados; los cristales de algunas ventanas reflejan, enérgicamente, el rojo del sol de puesta. Aquel *gris del Greco,* desesperación de los pintores, porque se adentra hasta en la luz, a la caída de la tarde, va siendo enmascarado por los últimos rayos del sol. ¡Es la *hora dorada!*

Me faltan palabras y recursos literarios para expresar lo que mi alma siente en estos momentos de una puesta de sol en Toledo. Pero todo, ¡qué fugaz! Dan deseos de detener al sol, como Josué, para seguir gozando de esta vista y pintarla como es realmente.

Cuando ya van palideciendo los rayos solares e invaden sombras misteriosas las callejas toledanas, volvemos la mirada a poniente. El sol ha desaparecido, dejando la atmósfera matizada de un tono escarlata, como si un incendio formidable tuviera lugar detrás de las colinas. Más allá, en el horizonte lejano, destaca la *Sierra de Gredos* con el *Almanzor* en tono violeta. Un abanico de rayos solares, interrumpidos por los lejanos *estratus,* vienen a perderse en el *zenit,* y aquí, encima de nuestra cabeza, una masa algodonosa de *cúmulos,* en aglomeraciones caprichosas, entremezclados con elegantes *cirrus,* a manera de plumas de avestruz.

El cielo ha perdido la pureza de su azul, cambiando en verde en unos sitios, violeta y azul ultramar, casi negro en otros, y... faltan colores en la paleta para plasmar en el lienzo tanta hermosura. Vemos la impotencia humana ante la obra de Dios, que ha querido en estos momentos de la puesta de sol, que éste se despida de Toledo hasta el día siguiente, con un verdadero derroche de armonía.

He dicho.

Emiliano Castaños Fernández

NOTAS

1

Cerros de la Rosa

D. Clemente Sáenz García, en una nota publicada en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, dice a propósito de los afloramientos marinos de los cerros de la Rosa que se habían clasificado como pertenecientes al terciario (Oligoceno) lo siguiente:

«Su conocimiento tiene por origen la remesa hecha hacia 1908, por parte del catedrático Sr. Reyes Prossper a Mr. Douvillé, de algunos fósiles recogidos a unos 1.200 m. al E. de la estación de Toledo (Cerro de la Rosa), entre los que figuran ejemplares de *Arca* (¿el *barbata?*), *Natica Potamides* y *Paludina* en ganga de molasa calcarífera.

El referido autor, se inclina de primera intención a creerlos aquitanienses, mientras que M. Deperet prefiere considerarlos como estampienses, basándose particularmente en las noticias confusas que de Cuenca se tienen.

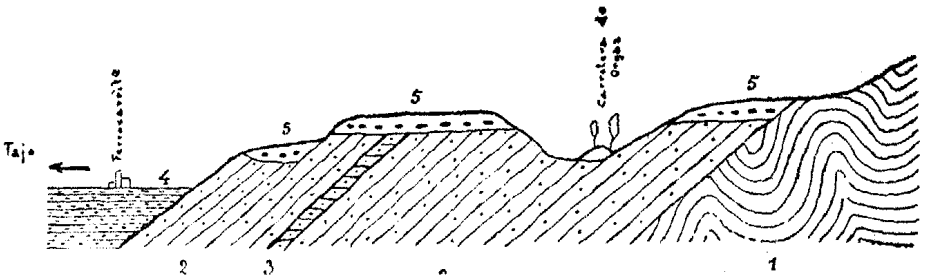
Nuevas remesas de fósiles sugestionan al primero de los citados geólogos, quien creyendo reconocer en un *Fusus* una especie vecina de la «bulbiformis», retrotrae la edad de los depósitos al Ludiense, confesando la imprecisión de los datos.

El que estas líneas escribe, ha visitado el lugar y tiene a la vista algunos ejemplares de venéridos y turritellas, procedentes de él y de difícil determinación específica.

Las capas en cuestión se prolongan más al E., y hacia el kilómetro 3 de la carretera de Ciudad Real se viene a confrontar un corte análogo al que adjuntamente esquematizamos, observándose cómo por debajo de unas terrazas cuaternarias (5) e interpuesto entre el Terciario continental de la ribera del Tajo (arcillas anaranjadas horizontales) (4) y el gneis de la mancha horizontal (1), viene a interponerse el tramo discutido con unos 45° de pendiente al NE. Se trata de unas arcosas blanquecinas (2) de grano muy grueso, que las convierte en ocasiones en un verdadero conglomerado y que hacia la parte superior se enriquecen en cemento calcáreo, determinando alguna hilada que puede calificarse de caliza o marga silícea (3). El espesor que la vegetación permite apreciar no bajará de un centenar de metros.

En el barranco y cerros de la Rosa el lanzamiento es mucho más suave, y sólo en la parte baja se alcanzan los niveles de arcosa propiamente dichos. Los coronan arcillas plásticas multicoloras y un par de bancos muy delgados de caliza con granos de sílice, en la que se encuentran los restos fósiles, muy escasos por cierto.

Como las arcillas terciarias anaranjadas y horizontales de la vega son inferiores a los yesos de la Sagra, si se siguiera el criterio de Royo Gómez de adjudicar a dichos yesos al Paleógeno, queda excusado decir que las citadas arcosas correspondieron a una etapa orogénica muy



anterior, puesto que existen entre medio el tramo de aquellas arcillas una discordancia angular. Nuestra impresión momentánea es la de que se trata de un asomo mesocretáceo (Albiense) de facies aún más costera que los de Cuenca y Segovia, a través de las capas verdaderamente terciarias, cosa que nada tiene de particular, existiendo como existe, más al N. y en el mismo meridiano, la manchita completamente similar de Valdemorillo en la provincia de Madrid, a donde llegó desde luego la transgresión marina de aquella edad procedente del E.

Por noticias que verbalmente nos ha comunicado el Sr. Hernández Pacheco (D. Francisco), parece ser que existen otras dos manchitas de arcosa a ambos lados de la capital toledana, una a 8 kilómetros a levante, en la casa de Ramabujas alta, y otra a poniente, en el kilómetro 13 de la carretera a Puente Alberche-Arroyo del Aceituno, encontradas ambas en el reconocimiento efectuado durante la confección de la hoja geológica de Toledo. Más cerca aún de la ciudad, a la salida del puente de San Martín, paraje denominado «La Solanilla», se presenta todavía otra muy pequeña, señalada por el Sr. Rey Pastor (D. Alfonso) en el mapa que publica en su *Bosquejo Geomorfológico del Peñón Toledano.*

Como resumen general, creemos que todas las citadas manchas, calificadas de terciarias y marinas del centro de España, deben ser marcadas como de edad cretácea.

2

Según Hernández Pacheco (E). «La abundancia de rumiantes y de grandes herbívoros en Castilla la Nueva durante los tiempos del terciario medio, y la falta de formaciones lignitíferas, hacen suponer

que en las remotas épocas del mioceno, como en la actualidad, ocupaba el ámbito de la actual planicie manchega una amplia llanura herbosa, pobre en vegetación de matorrales y más aún en bosques; llanura recorrida por cursos de aguas divagantes, como lo indican las abundantes capas de aluviones, régimen hidrográfico que se complicaría con la existencia de abundantes pantanos y lagunas, de los cuales son restos, en cierto modo consideradas, las lagunas temporales que aún persisten y que se han descrito anteriormente.

Sin embargo, la fisiografía del país durante el mioceno, se diferenciaría bastante de la actual, pues dos factores fundamentales contribuían a ello: uno el correspondiente a un régimen climatológico diferente, con más humedad que en la actualidad; otro dependiente de la menor altitud que entonces alcanzaría la planicie manchega, situada muy probablemente a poca elevación sobre el nivel del mar, pues todo parece indicar que la principal elevación en masa de las Castillas debe haberse efectuado al final del terciario, continuando los movimientos hasta tiempos relativamente recientes, como parece comprobarlo los pliegues en los estratos miocenos que se observan en ciertas partes de la meseta», y más adelante. «De todos modos el centro de la Península estaría, durante el comienzo del mioceno, casi al nivel del mar, como lo comprueba la presencia de la formación de edad aquitaniense que existe en Toledo con moluscos de agua mezclada, marinas y continentales, correspondientes a marismas o lagunas costeras».

Caballo de Puebla de Almoradiel

«Los restos fósifes que se describen de la Puebla de Almoradiel, se han encontrado al abrir un pozo para el servicio público, apareciendo los huesos a los trece metros de profundidad, en el seno de un banco de marga yesosa. El descubrimiento llamó la atención de los vecinos del lugar, que, ignorantes de la importancia científica que los restos fósiles pudieran tener, los destrozaron movidos por la curiosidad. Algunos ejemplares fueron recogidos por el Secretario del Juzgado Municipal, D. Ramón Molina, que se dió cuenta del interés que tenían, y con motivo de un viaje a Madrid de su hijo, el profesor veterinario D. Julio, trajo éste al Museo Nacional de Ciencias Naturales algunos molares de *Hipparion,* como muestra de los ejemplares que guardaban.

La constitución del terreno en que se abrió el pozo, es muy sencilla. En la superficie y a los 630 metros de altitud, aflora una capa de arcilla margosa, que inmediatamente se transforma en un banco de arcilla plástica que alcanza una profundidad de 10 metros; sigue después un espeso banco de marga blanca yesosa en la que a veces el yeso toma una estructura granudocristalina y constituye la casi totalidad de la roca: alcanza el banco de marga yesosa un espesor de otros 10 metros, presentándose en su nivel inferior acompañado de arcilla, a la que pasa por grados. La capa acuífera se encontró antes de que la marga fuese sustituída completamente oor la arcilla, por lo que no puede determinarse el espesor de ésta.

Los huesos estaban formando una brecha, que presentaba un espesor de metro y medio y se cortó en un estremo, pues todos los huesos estaban en la pared al lado de E empotrados en la capa margosa y sin variación en los caracteres de la roca, hasta el punto que no es posible distinguir por el aspecto las porciones de marga suprayacentes a la brecha de las de la brecha misma o de las infrayacentes; siendo en total de 2,50 metros el espesor de la parte del banco que corresponde a la parte suprayacente, de tres y medio el de la zona de la brecha y de seis el de la porción situada debajo, hasta la capa arcillosa inferior.

Las aguas brotaron con fuerza en forma ascendente y se elevaron muy por encima del nivel de los huesos, por lo cual hubo que revestir en seguida el pozo, lo que impidió que pudiéramos examinar *in situ* la brecha, pues cuando llegamos ya estaba el pozo parcialmente revestido.

Los datos son de los que nos suministraron los poceros y los que obtuvimos por la inspección de los materiales extraídos.

3

Huesos y huevos de aves

En la masa seyosa de la Puebla de Almoradiel, además de algunos fragmentos de huesos totalmente indeterminables específicamente, se encontraron algunos que por sus caracteres deben considerarse como de aves.

Están estos al estado de moldes en el aljez; o consisten en diáfisis y fragmentos que no permiten establecer las especies, ni siquiera el grupo de aves a que pertenecen. Unos son del tamaño de los de las grandes palmípedas y otros aplastados y deformados como un húmero de ave de pequeño tamaño.

Como particularidad no frecuente en los yacimientos paleontológicos, aunque tiene sus precedentes en ciertas localidades del mioceno continental de España, se hallaron también incluídos en la roca de yeso unas formaciones ovoideas más o menos aplastadas y rotas, dotadas de una cáscara delgada y lisa.

La cáscara tiene exactamente el aspecto y demás caracteres que los de los huevos de aves. Están reducidos los cascarones a pedazos aplastados por el peso de los sedimentos, pero en algún caso se conserva algún gran fragmento correspondiente a los dos tercios del huevo, permitiendo formarse idea del tamaño de este, que sería de unos treinta a treinta y cinco milímetros. Deben pertenecer a aves acuáticas, pues aves de este grupo anidarían en gran cantidad entre las yerbas y matorrales de los pantanos donde se realizó el depósito margoso-yesífero.

Fósiles de Puebla de Almoradiel (Mamíferos)

Los ejemplares que trajimos y que figuran en las colecciones del Museo Nacional, proceden casi únicamente de los que guardó el Sr. Molina en el Ayuntamiento. A nuestra llegada a La Puebla de Almoradiel, las autoridades y personas de significación hicieron gestiones para reunir los restos dispersos que la curiosidad de los vecinos había desparramado y que existían en poder de distintas personas, aumentándose así el número de ejemplares. Poco resultado obtuvimos buscando entre los materiales extraídos del pozo, pues éstos se habían desmenuzado y empleado como grava en los caminos vecinales».

«Los restos fósiles procedentes de la Puebla de Almoradiel, corresponden a tres especies determinables de mamíferos; además se encontraron fragmentos de huesos correspondientes a aves indeterminables y cascarones aplastados también de huevos de aves.

Los mamíferos corresponden a las especies:

Hipparion gracile Kaup. subesp. *rocinantis* Hern. Pach.

Hyaena eximia Roth et Wag.

Gazella deperdita Gerv.

Del *Hipparion* se obtuvieron del yacimiento una buena parte de piezas dentarias, estando representados los incisivos, los molares superiores y los molares inferiores. De otras partes esqueléticas sólo se encontró una falange incompleta.

Todas las piezas dentarias parecen pertenecer a un mismo individuo y formarían parte de un cráneo que los obreros destrozaron inconscientemente al excavar la masa de yeso en roca en donde estaba incluído.

Comparando los ejemplares de *Hipparion,* de la Puebla de Almoradiel, con los de Pikarmi, que estudió Gaudry, se advierte que en términos generales coinciden unos y otros dientes, si bien se aprecian ciertos rasgos especiales que les dan carácter diferencial, y que, según Pacheco, permiten establecer la suposición de que los ejemplares toledanos corresponden a una subespecie nueva.

Comparando igualmente los restos dentarios del caballo de Puebla de Almoradiel, con las numerosas series del Museo de Madrid, procedentes del yacimiento de Concud, se advierte en algún molar de este yacimiento ciertas diferencias.

Gervais admite la existencia de *Hipparion crassum* en Alcoy, ofreciendo diferencias con el de la Puebla de Almoradiel, así como los que describen C. Deperet, Román (F) A. Pomel, R. Lydekker y Osborn (H. F.), por todo lo cual, Hernández Pacheco opina que el *Hipparion* de nuestra provincia pertenece a una subespecie nueva de *Hipparion gracile* Kaup., al que asigna el nombre *rocinantis* en recuerdo al caballo del mismo nombre que creó para D. Quijote el genio del inmortal Cervantes.